

Cuadernos del Sur

Número 11 ■ Setiembre de 1990

Tierra  fuego
del

1990, CIEN AÑOS DEL PRIMERO DE MAYO EN ARGENTINA

I El año en curso, 1990, tiene un valor que supera a lo simplemente efemérico, transforma en centenaria la conmemoración de la fecha obrera por excelencia. Un siglo en el que año tras año los trabajadores manuales e intelectuales, en nuestro país y en el mundo, de una u otra forma, elevaron sus protestas y propuestas para reafirmar sus derechos sociales y políticos.

EL PRIMERO DE MAYO, como fecha conmemorativa obrera, nacida al calor de las luchas por la jornada de ocho horas y el recuerdo de los ahorcados de Chicago fue transformada, al ser adoptada como propia en todo el mundo, en una fecha emblemática de la lucha contra el Capital.

Es doblemente significativo que aquellos sucesos no se originaran en Europa donde por un lado había una tradición de luchas de más de un siglo, y por otro jornadas o acontecimientos tanto o más significativos que aquellas acciones de los anarquistas norteamericanos. Es que aquellos acontecimientos se produjeron en un momento en el cual culminaban una acumulación de luchas, experiencias y afianzamiento como clase internacional, lo que permitió trascender lo local para ser símbolo de aquel internacionalismo naciente. Por supuesto que la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) y la Segunda Internacional resultaron parte esencial de todo esto.

1890 es el año en que por primera vez, diversas organizaciones de distintos países convocaron a adoptar el PRIMERO DE MAYO como su día universal. Este símbolo trasciende a las tendencias ideológicas presentes al interior del movimiento y la Segunda Internacional —constituída en 1889— fue la expresión organizativa de la madurez alcanzada por la clase obrera en su lucha contra el Capital. Si la iniciativa de institucionalizar el PRIMERO DE MAYO surgió de los obreros franceses, inmediatamente fue asumida por la Internacional para así darle proyección mundial.

En América Latina fueron varios los países en donde la convocatoria tuvo eco inmediato, siendo la Argentina quien mayor respuesta brindó con la histórica concentración en el Prado Español en la Capital Federal, y los actos de Bahía Blanca, Rosario y Chivilcoy, seguramente por haber recibido grandes contingentes de inmigrantes europeos en el siglo XIX, por haber tenido un desarrollo capitalista durante el último tercio de ese siglo que multiplicó rápidamente los contingentes obreros, y porque ello dió lugar a que se concentraran grandes núcleos de militantes de diversas ideologías para quienes era natural caracterizar a la clase obrera como una clase internacional, al mismo tiempo que el capital se internacionalizaba bajo el empuje de la expansión imperialista.

La respuesta se irradió a Argentina y al continente y la convocatoria tuvo así expresión en otros países. En Cuba ese mismo año, donde el Círculo de trabajadores realiza una manifestación por las calles de la Habana; en Brasil donde en 1892 se realiza en Río de Janeiro el Primer Congreso Obrero; y ostensiblemente en México donde existía un importante movimiento obrero y socialista y en donde en 1892 también se celebrará la conmemoración del PRIMERO DE MAYO. En otros países las iniciativas fueron menores, proviniendo su concreción tanto de grupos anarquistas como socialistas, y donde cada tendencia ideológica fue llenando de contenidos la fecha.

II En esta historia ya secular muchas han sido las batallas, las derrotas y los éxitos de los trabajadores. En numerosos países duros combates concluyeron en el reconocimiento de sus derechos y en su libre accionar. En otros por distintas vías se avanzaba en la construcción de sociedades postcapitalistas en tránsito hacia formas de organización y de vida superiores, pero este proceso —a poco andar— resultó abortado por burocracias de estado que antepusieron los intereses de esos Estados al protagonismo social y político de los pueblos.

En otros, particularmente en nuestra América Latina, una y otra vez fueron desplazados los regímenes autoritarios, los trabajadores fueron una y otra vez reconquistando el estado de derecho y el libre ejercicio de las libertades democráticas y con ellas la posibilidad de reorganizarse para hacer frente a la explotación capitalista y a la opresión imperialista que recorre el continente.

En los países del Este las ansias de democratización han concluido en el derrumbe de las burocracias de estado. Las conquistas democráticas como parte del progreso humano han comenzado a manifestarse: el derecho de huelga se extiende y se generaliza, las nacionalidades bregan por su auto-

nomía, las oposiciones se constituyen formalmente, surgen nuevas izquierdas y se renueva la cultura. Se abre así un cauce de proyección aún indefinida pero donde seguramente los trabajadores volverán a hacer oír su propia voz.

Esta continuidad de las luchas durante un siglo demuestra, más allá de los apóstoles de la postmodernidad y de los científicos sociales que teorizan sobre el agotamiento del protagonismo y de su voluntad transformadora, que los trabajadores como productores colectivos y creadores de la riqueza social, están colocados en el centro de esta época, cuyo contenido más profundo se orienta en el sentido de la implantación de regímenes político-sociales, humanistas y fraternales, sustentados en la reorganización racional, igualitaria y democrática de las sociedades.

La constante realidad del capitalismo, con sus crisis periódicas y recurrentes, la explotación de las masas trabajadoras, la marginación y opresión de vastos sectores de la sociedad, la destrucción del equilibrio ecológico y el medio ambiente y el siempre latente peligro nuclear, replantean la vigencia del PRIMERO DE MAYO poniendo una y otra vez en primer plano las necesidades y esperanzas del movimiento social.

III En la Argentina durante estos cien años esta fecha obrera resultó conquistada e impuesta por la propia lucha, muchas veces como herramienta unificadora, otras como apelación nucleadora no sólo como emblema de clase para enfrentar al Capital, sino también como momento de convergencia para enfrentar dictaduras y represiones. Si por períodos se le adjudicaron ribetes festivos, o se la instrumentalizó para justificar concesiones, los trabajadores tozudamente la volvieron a recuperar llenándola nuevamente de contenidos de clase. Sin embargo, estos contenidos fueron cambiando al ritmo de los tiempos y de los períodos por los que atravesó el movimiento obrero y sindical.

Si desde fines del siglo pasado y las primeras décadas del presente, 1890/1920, con los comienzos de la industrialización y su constitución como clase va acompañada por la aparición de un sindicalismo de corte revolucionario cruzado por un fuerte debate ideológico que tendía a reproducir el debate europeo entre anarquistas y marxistas, en el período inmediato, 1920/1943, la etapa de expansión industrial se corresponde con la aparición de un sindicalismo reformista que mantiene sus contenidos de clase y donde el debate es esencialmente político acerca de la posición frente a la guerra mundial y a la independencia del movimiento frente a los partidos.

Entre 1943/1955 con la implantación de un modelo de acumulación que privilegiaba el mercado interno, la sustitución de importaciones y el pleno

empleo, se da un fuerte impulso al movimiento sindical que acentúa sus contenidos reformistas pero que es totalmente cooptado por el Estado. El debate ideológico-político es así neutralizado y como contrapartida se redefinen sus contenidos en términos nacionales, humanistas y cristianos.

En el período 1955/1976 con las continuas crisis económicas y el achicamiento de los espacios democráticos se consolida un sindicalismo fuertemente institucionalizado que no obstante mantiene relaciones contradictorias de integración al Estado (confrontacionista/participacionista) y donde el debate político está centrado en cómo pararse frente a los planes de estabilización con que las clases dominantes intentaban resolver las crisis recurrentes. Desde 1976 en adelante, con la inauguración del proceso de reestructuración capitalista, entra en crisis el sindicalismo tradicional que no tiene respuestas para defender los intereses inmediatos de los trabajadores frente a la brutal ofensiva del Capital. La política ahora es entendida como un mero mecanismo de transacción permanente donde se disputan espacios de poder y formas de relacionarse con el Estado y los grupos económicos dominantes.

Así durante este siglo se sucedieron PRIMEROS DE MAYO de lucha algunos y festivos otros; en la clandestinidad muchas veces y en la legalidad del régimen otras; con un carácter nacional o como fecha internacional obrera, pero siempre PRIMEROS DE MAYO donde la clase persistentemente hacía notar su existencia inevitable dentro del sistema y también su contradictoria relación con direcciones burocratizadas en los sindicatos, o bien reformistas en lo político, o con direcciones que genuinamente estuvieron al servicio de sus necesidades e intereses.

IV Pero 1990 no es sólo un momento singular para rendir tributo a esta clase y a su lucha centenaria. Merecería esto trazar responsablemente un balance de un siglo, ya no desde una perspectiva histórica o sociológica, sino tomar esta historia como praxis, como la actividad libre, creativa y autocreadora que se desarrolla en ese formidable laboratorio de experiencias sociales que es la lucha de clases.

Sin embargo 1990 aparece también como un momento de inflexión. En Argentina y en América Latina, los procesos sociales abiertos después de la crisis de 1930 permitieron el surgimiento de los llamados "populismos", que en muchos casos vaciaron de contenidos de clase las reivindicaciones obreras. En la época actual con el agotamiento de todo un modelo de acumulación del capital y de gestión de la fuerza de trabajo, bajo el impulso de la reestructuración capitalista y las innovaciones tecnológicas, asistimos al fin del ciclo populista y al estallido de las alianzas de clases y fracciones

que lo hicieron posible, reaparece así de la mano de las políticas del ajuste estructural la contradicción básica del sistema que hace mucho más cristalina la relación Capital/Trabajo.

Esta nueva realidad le plantea al mundo del trabajo el problema de las alternativas. Se ha agotado un ciclo histórico y así como el predominio de las corrientes anarquistas y socialistas se prolongó hasta los años '30 con sus modalidades y características; a las que luego continuó el populismo que se corporizó en movimientos nacionalistas policlasistas, de base obrera y popular y direcciones burguesas burocráticas, ahora la historia que no se ha terminado como desearían los ideólogos del capitalismo tiende a reconstituir las condiciones objetivas para reelaborar una concepción clasista y socialista en el mundo del trabajo. Pero no ha de ser el viejo clasismo el que ocupe el lugar del moribundo populismo.

Las nuevas condiciones no parecieran remitir a los orígenes del movimiento, ni tampoco al clasismo de los años 60' y 70'. La fuerte ofensiva del Capital sobre el Trabajo ha hecho ceder posiciones a los asalariados, han caído barreras defensivas tanto en la organización sindical como en la legislación social, la política y en el control de los procesos productivos. La clase misma es hoy mucho más heterogénea y ha cambiado la relación entre las clases. Es en estas nuevas condiciones de vida y existencia y a partir de ellas, que el movimiento debe reformular su política de clase, que deberá ser capaz de abarcar a otros sectores de la sociedad, para ocupar el centro de la escena política nacional.

La crisis, que también anuncia los nuevos tiempos por venir, ha dado un primer indicio al conmemorarse este 1º de Mayo de 1990 los cien años de aquel primer PRIMERO DE MAYO. La izquierda argentina por primera vez en su historia se adueñó —momentáneamente— de ese espacio geográfico cargado de simbolismos políticos que es la Plaza de Mayo, dando lugar a un acto multitudinario, democrático y pluralista, de claros contenidos antibernamentales.

Es un dato más que significativo de una situación social existente. La crisis del populismo y el derrumbe del estalinismo a escala mundial abren un espacio para que los trabajadores avancen en la construcción de su propia alternativa social y política. Los años noventa que empezamos a transitar y con los cuales concluye este siglo aparecen cargados de riesgos pero también de enormes posibilidades, para un futuro de transformación y esperanzas que estuvo presente en todas y cada una de las luchas obreras de estos últimos cien años.

E.L.
Buenos Aires, Mayo 1990